

I

Hacía ya ocho días que el niño sufría frecuentes alternativas. Hoy mejoraba; mañana empeoraba: Disminuían la fiebre y el rojo tinte de sus mejillas; las pústulas muertas momentáneamente por el cauterio, parecía que no se iban a reproducir, y en el corazón de la madre renacía la esperanza. Sólo el rostro del doctor Carracciolo permanecía mudo, austero, grave, y el tratamiento continuaba aplicándose con todo su rigor. La gravedad presentábase improvisadamente, con la reaparición en la garganta de las pústulas sofocantes que agobiaban al niño. Encendíase en fiebre y Mario llevaba sus manos a la garganta, extraviándose desesperadamente su mirada en aquel pálido rostro descompuesto. Esta gravedad aturdió a la madre, que en un minuto perdía un tesoro de esperanza. De nuevo la asaltaba el terror, balbuceaba, llamándolo repetidamente, con temblor en la voz, cogiéndolo en sus brazos para tranquilizarlo, para dormirlo. Pero no entonaba ya su amorosa canción. Así pasaba alternativamente de un mundo de esperanza a una realidad negra y despiadada. El marido apenas se dormía. Levantábase con frecuencia y se paseaba por su habitación agitado. A veces, llegaba de puntillas hasta donde dormía Mario, consolándose si encontraba alguno de aquellos momentos que la naturaleza caía vencida, unidas las cabezas de Cecilia y Mario en profundo sueño. Generalmente encontraba a Cecilia con el niño en brazos, paseándolo, envuelto en las sábanas, dejando ver un rostro sudoroso, blanco.

-¿Está peor?- preguntaba en voz baja.

-Así, así- respondía en el mismo tono.

-¡Pobre hijo mío!- terminaba él invariablemente.

Y después de haber contemplado un momento aquel doloroso cuadro, se marchaba. Ya no podía conciliar el sueño pensando en su esposa desolada, que sufría, en el más grande de los silencios, un horrible marlirio. La duodécima noche fue terrible. Ni aún la cauterización de la noche, hecha escrupulosamente por el doctor Caracciolo, alivió al niño. Siempre tenía sed. Cuando se le daba bebida, difícilmente podía tragarla y se lamentaba, destrozando con sus lloros el corazón de Cecilia. El doctor marchábase pensativo pero no turbado.

Una noche mientras Cecilia estaba sentada al lado del lecho y el capitán se apoyaba en el mismo, el niño comenzó a agitarse.

-¿Cómo te sientes?- preguntó su padre.

-Mejor- dijo el niño con su sutil voz.

Después de un corto silencio abrió los ojos, y miraba al padre y a la madre, les preguntó:

-¡Vosotros me queréis mucho!-

Los dos sufrieron una sacudida nerviosa al oír esta pregunta y se miraron.

-¿Me queréis mucho? Sí, sí que me queréis mucho- terminó, cerrando los ojos.

-¡Hijo mío, hijo mío!- Murmuró la madre apenas conteniendo sus lágrimas

-¡Tanto te queremos!- decía el padre haciendo un gran esfuerzo.

El día fue penoso y, sin embargo, al anochecer el niño se tranquilizó mucho, respiraba más libremente y aún durmió a ratos con la cabeza abandonada sobre la almohada y los brazos tendidos a lo largo del cuerpo.

-Me parece que no está tan mal- dijo el capitán Gigli a su mujer.

-Creo que duerme- murmuró ella -puedes acostarte-.

-Volveré- dijo él.

Dos horas después volvió, caminando muy despacio. Parecía dormir profundamente. Su respiración era más penosa. Su madre velaba con la cabeza apoyada en una mano.

-Duerme...- dijo el padre.

-Duerme- respondió Cecilia.

Marchose el capitán. Cuando Cecilia se disponía a cerrar los ojos, la desveló la voz del niño.

-¡Mamá, la lámpara.

-¿Quieres que rebaje la luz?- preguntó ella inclinando la cabeza.

-No; no la veo.

Ella no lo entendió. Creyendo que le molestaba, puso la lámpara de modo que no le diese la luz en los ojos.

-¿Está bien así?

El niño sonrió ligeramente y cerró los ojos como para dormirse. Vencida ella por el cansancio, cerró los ojos. Hacia las cuatro de la madrugada se despertó el niño y miró a su alrededor como temiéndose quedarse solo. Pero hizo un esfuerzo y se acordó de que su madre estaba siempre allí velando. Miró a su madre con sus hermosos ojos y dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada como fatigado por el esfuerzo. La lámpara iluminaba de lleno su descarnado rostro, sus lívidos labios, por que salía fatigosamente la respiración. No la llamó, no dijo una palabra. Sólo levantó una mano y la apoyó levemente en la mejilla de su madre. Quizás sintió ella el roce, y, sin abrir los ojos, dijo:

-¡Hijo mío!...

Aun hizo él un movimiento con la cabeza al oír la maternal expresión, y cerró los ojos. La manecita permaneció sobre la mejilla de la madre, como si la acariciara, como si reposara

.....
...." Estaba en el cielo.

(Matilde Serao. ¡CENTINELA... ALERTA!)